

de ser malo, porque en los ataques que diera el enemigo, ó en los parciales á que se provocara, no podría llegarse á un resultado definitivo, y al fin la falta de víveres los haría sucumbir. Esta era también la opinion del general Miramon, pero la desgracia que no dejó de agitar allí sus negras alas, hizo que al fin viniera él á apoyar una opinion contraria, tal vez con la esperanza de que dándosele el mando del ejército podría tener la fortuna de adquirir el deseado triunfo y cubrirse así de mayor gloria. Yo creo, que si el general Miramon hubiera tenido la abnegacion que manifestó en Orizaba y de la cual dió un brillante testimonio en Querétaro antes de la llegada del Emperador, se habria salvado la situacion: pero aquella funesta division, que fué ocasionada por personas que no dejaron un momento de exaltar el orgullo y la ambicion de aquel bizarro caudillo, fué la causa de la prolongacion del sitio, que trajo como consecuencia el desenlace que tuvo.

No era posible seguir en aquella situacion, sin procurarle algun remedio: se creia necesario algun auxilio proporcionado de México, tanto de dinero de que ya se carecia absolutamente, como de fuerza y otros elementos de guerra, que no se podian suplir allí sino con grande esfuerzo y siempre de una manera incompleta: se tenia también la idea de que en el ministerio no habia la suficiente energía y actividad para reunir en México y mandar á Querétaro los auxilios tan deseados, de lo cual nació la idea de cambiarlo; y para hacer todo esto, el Emperador depositó toda su confianza en el general Márquez, que tantas pruebas de lealtad le habia dado. Y con mandar al general Márquez á México, no solo cubria la necesidad que tenia allá de una persona de su constancia y enérgica laboriosidad, sino que, y esto fué lo que principalmente determinó la marcha á México del jefe del E. M., quitaba

de la plaza el motivo de desavenencia en los gefes, que tan funestos efectos estaba causando, dejando así expedida la accion del general Miramon para obrar en el sentido que se creia para tener un resultado definitivo. Así fué, que el Emperador nombró al general Márquez Lugar-teniente del Imperio, con facultades amplias para obrar en el desempeño de un encargo, segun las instrucciones reservadas que para el caso le dió: disponiéndose también, que lo acompañara D. Santiago Vidaurri á quien se nombró presidente del Consejo de Ministros y encargado de la cartera de Hacienda.

El día 21 de Marzo habia llegado un refuerzo de víveres á los sitiadores, que se depositó en la Hacienda de San Juanico, que era uno de los principales puntos de la línea republicana; y como en la plaza ya se sentia una gran carestía, se dispuso batir al enemigo en aquella posicion para quitarle aquellos elementos. Esta operacion fué encomendada al general Miramon, quien al amanecer el día 22 salió de la plaza con dos columnas; una sobre el camino de San Juanico compuesta de la caballería de la frontera, el regimiento de la Emperatriz y dos cuerpos de infantería con seis piezas; y la otra compuesta del 5.º de caballería y el batallon de Guardia Municipal, sobre el camino del Pueblito y Hacienda del Jacal. En esta vez, como en todas las que los sitiados emprendieron alguna salida, los sitiadores no resistieron su empuje, y la columna imperial forzó las líneas contrarias y se apoderó de San Juanico, dispersando al desproporcionado número de fuerza que guarnecía el punto; y como el objeto era solo apoderarse de los víveres, mientras se recogian estos, los republicanos quisieron recobrar el punto, pero fueron rechazados por el coronel Quiroga, que en su carga pasó los campamentos enemigos hasta la Hacienda de la Comunidad. Advertido este movimiento por el Cuartel

General Republicano, mandó en auxilio, del punto atacado la caballería del general Guadarrama, cuya marcha se contuvo con sólo la artillería, y la fuerza volvió á la plaza haciendo los cuerpos un movimiento sucesivo de flanco, por lo cual fué muy elogiado el talento militar del general Miramon. El botín de ese día fué crecido como se esperaba, principalmente en el número de animales de ganado mayor y menor, que dieron gran auxilio á la plaza que carecía de víveres.

En la noche de ese día, salió el general Márquez para México, llevando como escolta los dos cuerpos de caballería de la frontera al mando del coronel Quiroga; y siendo éstos, 1,200 hombres, quedó ya bastante reducida esta arma en la plaza, siguiendo su disminucion todos los días, por haberse suplido la falta de alimento para los soldados, con la carne de los caballos de los cuerpos.

Las bajas que el ejército sitiador habia tenido en las refriegas de los días 8, 12, 14 y 22 de Marzo, fueron repuestas el día 23 con las tropas que ese día llegaron de los gefes Martinez, Mendez, Riva Palacio, Régules, y Velez, que habia sido uno de los mas distinguidos gefes en el ejército durante la guerra de la reaccion; pero en los últimos días del Imperio salió de la Capital para unirse á los republicanos, y fué uno de los que contribuyó mucho á mantener el sitio, así como á su desenlace.

Con ese refuerzo que era de algunos miles de hombres, intentaron dar otro ataque á la plaza, cuya fuerza, disminuida por los muertos y heridos de los combates anteriores y la que salió para México serian de seis á siete mil hombres, que hasta ese día, en la línea exterior de defensa, solo tenian por muralla sus pechos.

El 24 en la mañana se puso en movimiento toda la fuerza republicana como para un ataque general; pero indicaron luego que lo principal de él seria por la línea

del Sur, que estaba absolutamente descubierta: veinte piezas de artillería colocadas sobre las lomas del Cimatario habian de abrir la brecha en las débiles filas imperiales; y el ataque se preparó con un grueso de 16,000 hombres, organizados en fuertes columnas de infantería, apoyadas por las respectivas de caballería, compuestas de las divisiones de los generales Riva Palacio, Martinez y Mendez, las de Sinaloa y Jalisco y la 1ª del Norte, y la 2ª Division de caballería mandada por el general Guadarrama, las columnas de los gefes Carbajal y Aureliano Rivera, la 2ª brigada mandada por el coronel Martinez y la seccion de caballería del cuartel general mandada por el coronel Doria. A la vez se daría el ataque al punto de la Cruz, y el general Gerónimo Treviño, con la 2ª y 3ª division del Norte 1ª brigada de Coahuila y batallones Supremos Poderes y Nuevo Leon, deberia cubrir la línea Norte, quedando autorizados todos los gefes de línea para auxiliarse mutuamente, *aprovechando el desconcierto del enemigo y oportunidades que éste les presente.* (Orden secreta del día 23 de Marzo, comunicada de orden de Escovedo á los generales Ramon Corona, Gerónimo Treviño, Amado Guadarrama, Joaquín Martinez, Juan N. Mendez, comandante general de artillería, general Cuartel Maeste, y coroneles Pedro Martinez y Juan C. Doria.)

Para resistir el rudo choque de este numeroso ejército, la plaza no podia quitar de la línea de defensa la escasa guarnicion que la cubria, y para atender al punto principalmente amagado, solo pudo disponer de cuatro batallones dirigidos por los generales Miramon y Méndez y 400 caballos á cuyo frente estaba el valiente general Mejía.

A las nueve de la mañana, los sitiadores rompieron sus fuegos y luego sus numerosas columnas empezaron á descender, marchando hasta pocos pasos de la línea de los imperiales, que no habian disparado un tiro; pero al apro-

ximarse los contrarios hicieron un fuego tan nutrido, que rechazaron á los asaltantes dándoles luego una carga con 400 hombres del regimiento de la Emperatriz, que desbarataron completamente la derecha de aquel formidable ejército, del que murieron muchos, entre los cuales se contaron los coroneles Manuel Peña y Ramirez, y Florentino Mercado, perdiendo tambien cuatrocientos prisioneros que se llevaron á la plaza. Y aun fué mas fuerte la embestida de la izquierda, sobre el punto de Casa Blanca; pero cuando mayor era el peligro, el intrépido general Mejía dando un brillante ejemplo de su valor, se arrojó sobre el enemigo, gritando á sus soldados al partir, «Muchachos, así muere un hombre.» Aquel ejemplo heroico fué imitado por los cuatrocientos ginetes que lo acompañaban, arrollando al enemigo de tal manera en su carga, que desorganizadas sus columnas, tuvo que replegarse en desórden hasta la altura de las lomas, donde era protegido por el fuego de sus cañones. El campo quedó materialmente sembrado de cadáveres, que era imposible contar: el panegirista del ejército sitiador dice con este motivo. «Sin embargo, el combate del dia 24 habia sido costosísimo, pues los republicanos perdieron en él cosa de *dos mil hombres solamente entre muertos y heridos. El enemigo habia obtenido en efecto, una victoria, llevándose por trofeo mas de doscientos prisioneros.*» Desde este dia quedó concluida la circunvalacion de la plaza por los sitiados, empezando sus obras de zapa para establecer sus paralelas; y entónces tambien los sitiados trabajaron en la fortificacion de su línea.

En vista del mal éxito de los dos ataques dados á la plaza de dia, intentaron uno en la noche los sitiadores; y como supondrian que no se les esperaba al dia siguiente, 25 de Marzo, apenas hubo concluido la luz del dia, cuando rompieron un vivísimo fuego de cañon, de la posicion

de S. Gregorio, que fué seguido inmediatamente del de fusilería de las columnas que atacaron la línea Norte y Poniente: en el acto acudió el Emperador al punto atacado, infandiendo grande ánimo en sus tropas con su presencia y la serenidad que tenia siempre en el peligro. Sin que los de la plaza vieran con las tinieblas de la noche, la disposicion de las columnas enemigas, no podian hacer obrar sobre ellas sus fuegos como de dia; pero la línea de defensa se conservó intacta, rechazando el asaltó, con la sola pérdida de un artillero. En el ataque de esa noche recibió una contusion con un casco de granada, el general D. Silverio Ramirez que lo privó de seguir en el servicio. El comportamiento del ejército habia sido tan bueno, que el Emperador acordó distribuir algunos premios para recompensar los actos heroicos de valor y abnegacion que se veian todos los dias, y el dia 30 de Marzo formado un cuadro de tropa en la plaza del Marqués, se presentó el Emperador, concediendo allí la medalla de bronce acordada al valor militar á los generales Miramon y Mejía, reservándose la del general Márquez que no estaba presente: el mismo premio se concedió al general Méndez: la cruz de Guadalupe se concedió á los coroneles D. Carlos Miramon y D. Zeferino Rodriguez y al capitán Malburg, que en el ataque del 24 hizo 50 prisioneros y tomó por su mano una bandera al enemigo: se distribuyeron varios premios y ascensos á muchos otros oficiales; y por conclusion de aquel acto, el general Miramon á nombre del ejército colocó en el pecho del Emperador la medalla de bronce, quien enternecido con aquella sorpresa, contestó: que no era acedor al premio que se le daba; pero que lo llevaria sobre su pecho con gusto, como un signo de cariño y como un vínculo sagrado para con su ejército. Pasado el acto, el soberano recibió como diploma de su condecoracion, la siguiente carta.

«Señor: el ejército mexicano que á las órdenes inmediatas de V. M. defiende la plaza de Querétaro, representado por los generales que suscriben, piden á V. M. que se digne honrarle una vez mas, llevando al pecho desde hoy la medalla del mérito militar.—V. M. premia con esta honrosa condecoracion, los servicios distinguidos de los generales, gefes, oficiales y soldados, que en cumplimiento de sus mas sagrados deberes no hacen hoy otra cosa que imitar el heroico valor, el constante sufrimiento y la singular abnegacion de V. M.—Jamás Soberano alguno, en las circunstancias de V. M. descendió desde la altura del trono á vivir en medio del peligro asimilándose con el soldado cuyas privaciones y desnudez no tienen semejante en el mundo, soldado á quien V. M. ha sabido dar notable ejemplo de arrojo, de patriotismo y de sufrimiento.—La nacion que procura salvar y engrandecer V. M. y la historia severa é imparcial harán muy pronto cumplida justicia al soberano de México. El ejército por su parte, contando con el beneplácito de V. M. le condecora con la medalla del mérito militar.—Cuartel general, Querétaro, Marzo 30 de 1867. El G. de D. en gefe del cuerpo de infantería Miguel Miramon.—El G. de D. en gefe de la caballería Tomás Mejía. El general gefe del E. M. de S. M. Severo del Castillo.—El general gefe de la 2ª division de infantería Pedro Valdez.—El general gefe de la 1ª division de infantería Ramon Mendez.—El general director de artillería Manuel R. Arellano.—El gefe ingeniero general Mariano Reyes.»

Al dia siguiente 1º de Abril, se hizo un movimiento con los cuerpos de cazadores, Celaya, 7º y 12º de línea, apoyados por la caballería de la plaza, y mandada la columna por el general Miramon: se atacó primero la iglesia de S. Sebastian, que fué tomada y en seguida se dirigió el ataque sobre la fortificacion de la altura de-

nominada «La Cruz del cerrito,» que tambien se tomó, quitando dos cañones que la resguardaban. Este punto lo mandaba el general Antillon, que tuvo que huir en ropa interior, pues se hallaba en la cama á la hora del asalto. Luego que el cuartel general vió aquel ataque mandó fuerzas en auxilio de aquel punto, siendo la primera que llegó el batallon «Supremos poderes» que sufrió ese dia gran pérdida en muertos y prisioneros: descendiendo mas fuerzas de las alturas de S. Gregorio y S. Pablo, la fuerza imperial se reconcentró á la plaza, con el botin que habia hecho. Entre las bajas que tuvo la plaza, hubo que lamentar que fueron heridos el coronel Farquet y el capitán Montecinos: el primero gefe del 12º batallon, era generalmente estimado por su esmerada educacion y su incuestionable valor é instruccion militar: murió el 25 de ese mismo mes, causando un sentimiento general al ejército. Los sitiadores volvieron á ocupar los puntos que les fueron tomados: sus bajas eran repuestas con ventaja con los refuerzos que diariamente recibian de todos los Estados; y la plaza si bien suplía escasamente sus bajas de tropa con los prisioneros, no podia reponer oficiales como Farquet y Montecinos, y esto se hacia, sin obtener mas resultado, que dejar consignado un testimonio mas del valor del ejército imperial, pero sin resultados prácticos y positivos para la existencia del Imperio, como lo habia dicho el general Márquez en varias ocasiones, reprobando la idea de los ataques parciales y de quedar encerrados en la plaza.

Hasta el dia 16 de Abril no hubo otro ataque notable, fuera de los fuegos que los sitiadores hacian dia y noche sobre la plaza, con lo cual se causaron muchas desgracias en el vecindario; y ese dia, aniversario de la aceptacion de la corona de México por Maximiliano, se reunieron las autoridades civiles del lugar, que bajo la presidencia del Sr.

ministro de justicia el Sr. García Aguirre, felicitó á S. M. en su cuartel general de la Cruz. La felicitacion del Sr. ministro, terminaba con estas palabras. «Señores: digno fué el Emperador Maximiliano de las entusiastas demostraciones con que unos cuantos compatriotas nuestros, fundándose en las actas remitidas á Miramar, le saludaron el 10 de Abril de 1864 en nombre del pueblo mexicano como Soberano de México; pero hoy es mil veces mas digno de esa salutacion, porque manifestándose grande en los dias de la adversidad, nos está dando pruebas irrefragables de que ama á la patria de su adopcion cuanto podemos amarla los que somos hijos de ella por naturaleza.—Señores ¡Viva el Emperador.»

En efecto la conducta del emperador en Querétaro lo habia hecho muy apreciable de todos y con razon dice el Sr. Arrangois «Le gustaba á Maximiliano la vida militar: asistia á todas las juntas; presenciaba todos los combates; visitaba los cuarteles y los hospitales; su conducta le habia hecho muy querido del ejército. El sitio de Querétaro es para S. M. la única gloriosa y muy brillante página de su desgraciado reinado.»

El dia 11 de Abril se dirigió al Emperador la siguiente carta, que suscribian los generales Miramón y Ramirez Arellano.

«Señor: La difícil y peligrosa situacion en que la tardanza del general Márquez ha colocado á V. M. y al ejército que defiende esta plaza, impone á los generales que suscriben, el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados.

«A la altura en que nos encontramos por efecto de pasados é irremediables errores, la plaza de Querétaro y con ella el Imperio, la interesante persona de V. M. y nuestro sufrido y valiente ejército, no llegarán á salvarse si no es por medio del auxilio de las tropas del general

Márquez, quien no quiere ó no puede llegar á la vista del enemigo que nos asedia. Traidas las cosas como lo han sido á este último punto, no es cuerdo esperar el transcurso de un período de tiempo mas ó menos largo, para emprender despues una retirada imposible, toda vez que su realizacion es un sueño ó un delirio, en el terreno de la práctica.

«Las tropas que defienden hoy esta plaza: que han sabido poner á raya los importantes esfuerzos del enemigo, y que despues de treinta y siete dias de sitio conservan intacta su moral, estas tropas, Señor, que pueden resistir dentro de la linea fortificada los mas sérios y tenaces ataques del sitiador, y que librarian gloriosamente una campaña campal, no obstante la desproporcion numérica de aquel y de éste, la perderán instantáneamente el dia mismo en que intentemos retirarnos, sin que baste á impedirlo el ardid de presentarle al soldado como un ataque nuestro movimimiento retrógrado.

«Al sonar aquella hora suprema, lo decimos con el mas profundo sentimiento, caracteres débiles ó asustadizos, propondran á V. M. que clavásemos nuestra artillería y que abandonásemos todos nuestros trenes. En tal conflicto muchos se ocultarian en la ciudad para sustraerse á los inmediatos peligros de nuestra salida; la mayoría de los que marcharan con el ejército solo procuraria ganar terreno, alejándose del teatro del combate; muy pocos lucharíamos por honor y por salvar á V. M. y en último resultado, el abandono de la plaza se convertiria en una evasion de siete mil hombres, llenos de terror pánico y víctimas de la mas cabal de las derrotas.

«Los cañones abandonados sucesivamente al enemigos; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando á los valientes y arrastrándolos en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y a-